

lidades como Liszt, Schumann o el violinista Joseph Joachim. Hizo una carrera fulgurante en Europa y Estados Unidos.

Ya en su madurez, bien entrado en los 60 años, quedó maravillado por la interpretación que el violinista húngaro Joseph Szigeti hacía de las sonatas y partitas de Bach. Ese mismo año (1923), decidió componer seis sonatas para violín solo y dedicar cada una de ellas a un gran intérprete: Szigeti, Thibaud, Enescu, Kreisler, Crickboom y Manuel Quiroga.

No hay duda de que el alma de Bach está presente en todas las sonatas, pero en la número 2 es donde se hace más evidente. La obra comienza con un movimiento titulado “Obsesión”, precisamente por ese bachianismo tan insistente. Las primeras notas son exactamente las mismas que

biografía

Helena Satué

Con una trayectoria marcada por el talento y la excelencia, Helena Satué se ha consolidado como una de las violinistas más destacadas de su generación. Empezó con el violín a los cinco años y desde entonces ha desarrollado una carrera sólida, brillante y con proyección internacional.

Formada en instituciones de prestigio como la Escuela Superior de Música Reina Sofía de Madrid y el Conservatorio Nacional de París, Helena perfeccionó sus estudios en la Hochschule für Musik Köln con la reconocida profesora Mihaela Martin, donde obtuvo el título de máster en 2011.

Premiada desde muy joven en concursos nacionales e internacionales, la crítica especializada destaca su técnica refinada, su dominio absoluto del instrumento y una musicalidad elegante y expresiva. Su actividad artística la ha llevado a actuar como solista, música de cámara e integrante de orquestas en escenarios de toda Europa.

las de la Partita núm. 3, pero pronto las destruye con una intensidad violenta que nos lleva hacia reminiscencias del canto fúnebre Dies irae. El segundo movimiento, “Melancolía”, sigue insistiendo en este canto de origen gregoriano, mientras que el tercero, “Danza de las sombras”, plantea una zarabanda en pizzicato con una serie de variaciones, algunas también muy bachianas.

La obra termina con un trepidante “Las furias”, rápido, virtuosístico y con sonidos inquietantes interpretados sul ponticello, con el arco cerca del puente, explotando todas las posibilidades del instrumento y exigiendo lo máximo al intérprete.

David Puertas, divulgador musical



Comprometida también con la pedagogía, comenzó su labor docente como asistente de Keiko Wataya en Musikene y, desde 2011, es profesora de violín en la ESMUC, formando nuevas generaciones de músicos con su experiencia y sensibilidad artística.

En 2014 fundó el Cosmos Quartet, con el que ha conseguido un reconocimiento creciente dentro del panorama musical europeo, destacando por su calidad interpretativa y la profundidad en el trabajo del repertorio para cuarteto de cuerda.

Toca un instrumento construido por David Bagué en Barcelona en el año 2019.

organiza:

iber:Camera



festival:Cervià

XV aniversario

helenasatué
violín

bach / ysaÿe

viernes 19 de septiembre de 2025, 20:30h
monasterio de santa maría de cervià de ter

johann sebastian bach

(1685-1750)

sonata para violín núm. 3, en do mayor, bwv 1005 (1720)

- I. Adagio
- II. Fuga
- III. Largo
- IV. Allegro assai

—

partita para violín solo núm. 3, en mi mayor, bwv 1006 (1720)

- I. Preludio
- II. Loure
- III. Gavotte en Rondeau
- IV. Menuets I & II
- V. Bourrée
- VI. Gigue

eugène ysaÿe

(1858-1931)

sonata para violín solo núm. 2, en la menor, op. 27 (1923)

- I. Obsession - Prélude - Tempo moderato
- II. Malinconia - Poco lento
- III. Danse des ombres - Sarabande - Lento
- IV. Les furies - Allegro furioso

duración del concierto: 90 minutos (pausa incluida)

El primer violinista que triunfó subiendo solo a un escenario ante cientos de personas fue Niccolò Paganini. Corrían los primeros años del siglo XIX y, hasta ese momento, un violín tocando sin acompañamiento de orquesta era un formato muy poco habitual. ¿Cómo es posible, entonces, que Bach compusiera obras para violín solo 100 años antes del fenómeno “Paganini”? En la época del Barroco hay bastante literatura para violín solo —Biber, von Westhoff, Telemann, Bach—, pero debemos imaginar un entorno de interpretación muy diferente al del concierto público del Romanticismo. La música —exceptuando la religiosa y la popular— era para el disfrute exclusivo de la nobleza que, ya desde el Renacimiento e incluso antes, en la Edad Media, tenía por costumbre contratar músicos que amenizaran sus tardes de domingo. Estos músicos podían ir esporádicamente al palacio, tocar y marcharse, o bien podían formar parte del personal fijo del noble en cuestión, al mismo nivel que los cocineros, camareros, mozos de cuerdas, etc. Tener músicos en plantilla permitía a los príncipes, reyes y obispos escuchar música cada vez que les apetecía, no solo los domingos. Por eso los músicos de cámara y maestros de capilla debían tener música preparada constantemente, con composiciones nuevas y adaptadas a los distintos conjuntos instrumentales disponibles en cada momento. Muchas de estas obras eran para un solo instrumento, ya fuera un laúd, una viola da gamba o un instrumento de tecla como una espineta o un clavicordio. El caso es que, en tiempos de Bach, aún era bastante común que el amo llamara a uno de sus músicos y le dijera: “Toca un rato para mí.” Las seis obras que Bach compuso para violín solo responden a este formato de “música circunstancial”, música para entretener al noble, obras para tener a mano en caso de urgencia, y no al concepto de música de concierto pensada para satisfacer a un público que llena un teatro.

Los intérpretes actuales, cuando trabajan estas piezas y profundizan en ellas, se dan cuenta de que, a pesar de su gran dificultad, no tienen un objetivo virtuosístico, no son piezas de lucimiento. Incluso sienten que tal vez Bach no pensó en ningún público al escribirlas: ¿es posible que las escribiera solo para su disfrute personal? ¿Qui-

zás son fruto de largas horas de estudio con el instrumento en mano, buscando sonidos y silencios, conducciones de voces internas, sin ningún interés concreto por mostrar el resultado?

Recordemos que Bach era un excelente violinista y que, antes de ganarse la vida como organista, fue intérprete de violín al servicio del duque de Weimar y, más tarde, del príncipe de Köthen (donde, probablemente, escribió estas obras). El caso es que son piezas que permiten una interpretación muy personal, que cada intérprete se hace suya y toca aceptando el reto de estar jugando una partida que Bach propuso hace 300 años.

Quizá el público también debe aceptar un reto al escucharlas: el reto de empatizar con el intérprete, de dejarse llevar con total confianza, de sumergirse en ese sonido mágico e inexplicable que fue escrito más para ser tocado que para ser escuchado.

La diferencia principal entre las sonatas y las partitas es el carácter: las primeras, más serias, responden al modelo de “sonata da chiesa” (sonata de iglesia) en cuatro movimientos; las segundas, más extrovertidas y distendidas, son “sonatas da camera” o “suites”, formadas por diversos movimientos de danza.

No se publicaron hasta 50 años después de la muerte de Bach y se usaron únicamente como obras de estudio hasta bien entrado el siglo XX. Actualmente se consideran obras principales en el catálogo del autor e incluso obras cumbre de la humanidad.

Tanto es así que la Gavotte en rondeau de la Partita núm. 3 forma parte del disco de oro que desde 1977 viaja por el espacio a bordo de la sonda Voyager en busca de civilizaciones lejanas. Si algún ser más allá de nuestro sistema solar la escucha, se dará cuenta de que éramos una civilización que valía la pena.

Eugène Ysaÿe fue un músico completo que destacó en todos los campos que abordó: violinista, compositor, pedagogo y director de orquesta. Desde muy joven ya era admirado por persona-